

ETAPAS DE LA EVOLUCION DE EGIPTO

EN un estudio de Egipto, hay que partir del presupuesto del hombre y la tierra y tener en cuenta, como factor ineludible de su comprensión total, la dinámica de aquéllos en su perspectiva histórica. Sabido es que ésta ofrece en el caso de Egipto proporciones cinco veces milenarias, por lo que intentar su resumen equivaldría a hacer el de la humanidad toda entera. Es útil, sin embargo, hacer una referencia a la antigüedad faraónica sólo en su dimensión actual, es decir, para aclarar hasta qué punto aquel pasado remoto y glorioso cual ninguno puede influir en las ideologías y sentimientos de nuestros días. Aunque por muchos se diga lo contrario y se haga gala de prosapia milenaria cuando conviene, es más que dudoso que haya una solidaridad sentimental entre el Egipto actual y el clásico. Las piedras maravillosas que miran su belleza y grandeza inmarcesibles en las aguas del Nilo desde los colosos de Ibu Simbel hasta las proximidades de Alejandría, han dejado de hablar hace mucho tiempo al alma de los egipcios, y si lo hacen, es más con el lenguaje de soberbia que con el de amor. No hay entre las piedras y los hombres esa compenetración y atracción espiritual que ejercen en nosotros las de Burgos o El Escorial; en los franceses, las de Reims o Versalles, y hasta en los italianos las del Foro de Roma. Extremando algo las cosas, quizá sea para los europeos más emotiva y elocuente la esfinge, ya que, al fin y al cabo, si Europa es el «Continente medi-

terráneo», como la llama Paul Valery, la civilización greco-romana fué en gran parte hija de la máxima de sus fuentes, la del Padre Nilo, cautivo del Islamismo como un día lo estuvieron el Tajo y el Danubio. Herodoto, Alejandro y Bonaparte veneraron las ruinas gloriosas de Egipto como casas solariegas de su mismo mundo, en tanto que los conquistadores venidos de Oriente no hicieron sino profanarlas y depredarlas, desde Cambises, que hizo mutilar por sus arqueros la faz de la Gran esfinge de Gizeh, hasta, casi en nuestros tiempos, el Kedive Mohamed Ali, que pretendió deshacer las pirámides para calzar un dique, lo que impidió un ingeniero francés engañándole con el pretendido fabuloso gasto de tan vandálico proyecto.

Otra muy distinta cosa acaece con lo musulmán, cuyo pasado vive y opera en el Egipto de hoy, por mucho que sus habitantes no sean árabes. Egipto ha querido ser y es musulmán, por destino histórico y metahistórico a la vez. Remontarse más allá, al faraonismo, no es más que un juego retórico y pueril. Desde que el conquistador Amr-el As, a las órdenes del califa Omar, puso sus pies vencedores en Pelussia expulsando a los bizantinos allá por el año 640 de nuestra Era, dos después de la conquista de Jerusalén, Egipto quedó irremediabilmente seccionado de nuestro mundo occidental. De nada sirvieron los recuerdos gloriosos de Alejandro ni los sagrados de los cenobitas de la Tebaida y de los concilios alejandrinos; la fatalidad lo quiso así y ni San Luis en Mansura, ni Bonaparte en las Pirámides, ni lord Kitchener en Kartum pudieron otra cosa.

Con el dominio árabe, Egipto no sólo perdió su fisonomía milenaria y su alma particularísima, sino que tampoco ganó la libertad. El país eternamente siervo siguió siéndolo de dinastías extrañas; la Siria de los Omeyas primero, la de los persas abasidas después, la de los occidentales fatimitas más tarde y en fin, la de los sultanes turcos. Estos, por cierto, en lugar de

implantar una nueva dinastía, degradaron el noble país a la condición de una mera provincia, satélite de Estambul.

La dominación otomana duró desde la conquista de Selim en 1517 hasta la primera Guerra Europea. Al estallar ésta dió la casualidad de que el Kedive Abbas Hilmi II, gobernador en turno del Egipto (Kedive significa etimológicamente «pequeño Dios»), se hallase de veraneo en el Bósforo, cerca de su señor. Tal episodio motivó su desposesión por los aliados, la desmembración de la provincia egipcia y su erección en sultanato teóricamente independiente, poniéndose a su cabeza a un miembro de la dinastía del más glorioso de los Kedives, Mohamed Ali, bajo el nombre de Hussein Kamel (diciembre de 1914). Con el golpe de Estado separatista no se hizo, en realidad, otra cosa que consumir el divorcio de Egipto y la Sublime Puerta, que databa ya de más de un siglo atrás, precisamente de los días del antepasado del sultán Mohamed Ali el Grande (1804 - 1849). El fundador de la dinastía aún reinante era un general macedonio de sangre albanesa, que se dice hijo de un pobre cafetero de Kavala, cuyo papel en la historia moderna de Egipto es muy semejante al de Pedro el Grande en Rusia. Su sagacidad, valor y falta de prejuicios, que le hizo aceptar de Occidente las innovaciones más útiles para el país, le hicieron conseguir al fin de su carrera, allá por el año 1841, la investidura del Kediviato hereditario con la sola obligación de satisfacer al Sultán un tributo anual de 80.000 bolsas de oro (unos diez millones de francos de entonces).

Pero al librarse directamente de la dominación turca cayó *ipso facto* la joven nación en las redes de las intrigas y apetencias occidentales. Un dominio directo había fracasado al iniciarse la estrella napoleónica, pese a la victoria de tierra francesa en las Pirámides y de la naval inglesa de Abukir, pero no por eso cejaron las ambiciones de uno y otro país, apenas dis-

frazadas en la segunda mitad del siglo por las incesantes penetraciones industriales, comerciales y culturales. Mohamed Ali fué un occidentalizante que veneraba París y Londres con mayor respeto que La Meca, y multiplicó las facilidades para tal penetración. Su nieto y sucesor, Abbas I, fué en cambio un tradicionalista severo, pero impotente para contener la ola de influjos europeizantes, poco hizo para atajarla. El tercer Kedive Said, por su parte, la favoreció todavía con más celo que el primero y la llevó a su auge con la construcción del canal de Suez, que vincularía para siempre el Egipto a los destinos del mundo occidental, del que espiritualmente desertara. La cuestión se planteó inmediatamente, y aún no se ha resuelto, de si Egipto sería para el Canal o el Canal para Egipto, y en la primera fase del dilema nos hallamos. Pronto se vió de manera flagrante con el acceso de un Kedive aún más entregado a las apetencias extranjeras que el propio Said, su sucesor Ismail I, que era hijo de Ibrahim Pachá, el gran general e hijo adoptivo de Mohamed Ali. Desde su subida al poder en 1863, hasta su deposición en 1879, el Kedive Ismail, con sus despilfarros y genialidades convirtió la nación en un verdadero mercado de intrigas, agiotajes y maniobras turbias, abriendo de par en par sus puertas a los aventureros y hombres de presa de ambos mundos. Los resultados no se hicieron esperar y, pese al éxito de la conclusión del Canal y la firma de su concesión (en 1868), la deuda pública se elevó a la entonces astronómica cifra de cien millones de libras. Las Potencias, alarmadas por sus intereses invertidos en el país y en su canal, impusieron primero la inspección anglofrancesa de las finanzas egipcias y luego la deposición del Kedive. A su hijo y sucesor Tewfik es a quien le tocó, sin embargo, la cosecha de tempestades que no había sembrado; la primera de todas, la sublevación nacionalista liberal de El Arabi, que con los horrores de su fanatismo promovió el 12 de julio de 1882 el bombardeo de Alejandría

por la flota inglesa y la invasión que se consumó con la victoria de Wolseley en Tell El Kebir el 13 de septiembre siguiente.

De las citadas fechas data el neto predominio británico en Egipto, rompiéndose la especie de equilibrio de influencia que desde Bonaparte venía compartiendo con Francia. Era predominio más de hecho, ciertamente, que de estricto derecho, pues en éste seguía la soberanía parcial en manos de los Kedives y la suprema en la de los Sultanes de Constantinopla, tan platónica una como la otra al lado de la efectiva autoridad del Cónsul de S. M. Británica. Quiso la suerte de Inglaterra y de Egipto que el primer consulado recayese sobre una personalidad imperial sin par, la de Sir Evelyn Baring, luego Lord Cromer, título por el que ha llegado su fama hasta nuestros días como restaurador de las riquezas del valle del Nilo. Su «faraonismo» filantrópico se ejerció casi un cuarto de siglo, de 1883 a 1907, y merced a él no hay institución ni obra del país que no lleve su marca indeleble, desde los museos y monumentos a las fábricas, talleres, caminos, ferrocarriles; desde el dique gigante de Assuan a las verdes pistas de *tennis* del Gezirah Sporting Club de El Cairo. Culminó su obra imperial con la reconquista del Sudán, que, tras de la sangrienta rebelión de los sectarios de El Mahdi, que costó la vida a Gordon (1885), fué sometido al condominio angloegipcio por la espada victoriosa de Lord Kitchener (1898). En lo financiero, Lord Cromer fué un nuevo Midas que transformó en oro la ruinosa herencia del Kedive Ismail hasta hacer subir los ingresos nacionales de 8.955.000 libras en 1883, a 15.337.000 en 1906. Creó todo de la nada el noble Lord, atribuyendo todos sus méritos a haber sustituido con el reino del *common sense* el tradicional del *cutbasch* o látigo de piel de hipopótamo, que era la suprema *ratio* en manos de los Kedives.

Con los inmediatos sucesores de Tewkik en el trono y de

Cromer en el consulado británico, es decir, con Abbas II y Sir Eldon Gorst, las cosas caminaron por diversos caminos. Las nuevas generaciones de universitarios, ambiciosas y turbulentas, incitaban a las masas a sacudir el yugo, hasta entonces paternal, de los extranjeros; el nuevo Kedive no se resignaba a su eterno papel de muñeco en manos de Londres y Constantinopla; los propios magnates y aristócratas, enriquecidos por los ingleses, se sentían ofendidos al no ser recibidos con sus familias en los clubs y salones de éstos. En este clima de rebeldía y complejos de inferioridad se engendraron los movimientos que, nacidos en vísperas de la primera Guerra Mundial, han llevado el país a su plena independencia al concluir la segunda. Su héroe indiscutido fué Saad Zaghlul, antiguo ministro de Instrucción pública en tiempos de Cromer y yerno del potentado anglófilo Mustafá Fehmi Pachá. Personalmente era un hombre del pueblo, salido de sus más bajos estratos, pues era hijo de un «Zumar» o tocador de laúd de una pequeña aldea del Delta, y esta cualidad de legítimo «fellah» le prestó inmenso prestigio ante la masa que, por vez primera, veía a uno de los suyos elevarse a las máximas distinciones del Estado. Había estudiado con beca en la Universidad de El Azhar y participado en la revuelta de El Arabi, méritos que le procuraron solamente un mísero empleo gubernamental con tres libras mensuales de sueldo. Bien administradas y con una voluntad y talento extraordinarios, Zaghlul consiguió con tan poca ayuda el título de abogado, el periodismo, la judicatura y, en fin en matrimonio con la hija del rico Pachá que le abrió las codiciadas puertas del gran mundo y el poder.

En la mitad del camino, Saad Zaghlul no se dejó sobornar por la opulencia y, en el seno de ella, siguió fiel al pueblo y a sus ideales de pobre estudiante becario. Ello le alienó las simpatías de la aristocracia y del propio Kedive, quienes comprendieron que la modalidad popular que asumía el naciente na-

cionalismo era para sus intereses más perjudicial que la tutela británica. Con todo y con eso, Zaghlul fué elegido en 1913 vicepresidente del primer conato de Parlamento egipcio democrático, y al concluir la guerra europea pretendió elevar a la Mesa del tratado de paz las reivindicaciones de la independencia de su país. Fué entonces, el 3 de marzo de 1919, cuando Zaghlul convenció a los dirigentes egipcios a agruparse en la única empresa de liberación nacional, formando el bloque denominado «Wafd», que etimológicamente significa «Delegación», y que tan decisivo papel ha venido desempeñando en los destinos patrios. El «Wafd» o «Delegación» se prevalía de las liberales promesas de libre determinación de los pueblos hechas por Wilson, pero Lloyd George le impuso su veto y, al no someterse a él, Zaghlul y otros dirigentes de la organización fueron apresados y desterrados a la isla de Malta.

El destierro de Zaghlul le valió un prestigio infinito en su patria, donde, como represalia, corrió la sangre a raudales. Huelgas y motines estallaron por doquier, algunos especialmente señalados por su fanatismo, como el de Deirat. El orden se impuso, y para asegurarlo fué enviado de Alto Comisario a Egipto el propio general Allenby, héroe de la liberación de Palestina, quien no dudó en poner en libertad a Saad Zaghlul y sus compañeros en un rasgo que unos críticos denominan *beau geste* de Allenby, y otros la *Allenby's folly*.

Los amnistiados volvieron a la carga y el «Wafd» pasó a defender sus reivindicaciones en Londres y París (1920), consiguiendo con la misión de Lord Milner, ya que no la independencia y un puesto en la Sociedad de las Naciones, como pretendía, sí un considerable número de ventajas de autonomía, incluso la representación diplomática, y un verdadero Parlamento. Esto fué lo obtenido con el famoso «Milner-Zaghlul Agreement», que no satisfizo en el fondo a nadie, ni a los imperialistas británicos ni a las masas de El Cairo y Ale-

jandría. Volvieron éstas a sus desmanes, y el 16 de marzo de 1921 recibieron a Zaghlul, no ya como presidente de una Comisión, sino como cabeza de un partido, el de la independencia a ultranza. En esta coyuntura, el «Wafd» dejó de ser una «Comisión» para convertirse en un partido personalísimo de Saad Zaghlul, heredero de los ultranacionalistas «Hisb-Al-Umna» y «Hisb-El-Watani», este último de marcado carácter terrorista. Los desórdenes redoblaron y la plebe de Alejandría asesinó a catorce europeos, hiriendo al magistrado noruego Hanssen, del Tribunal Mixto. Esperaban todos una intervención enérgica de la Gran Bretaña, como la de 1882, pero esta vez el *Foreign Office* prefirió apelar a la flema y no a los cañones. Hasta diciembre no se decidió Allenby a desterrar de nuevo a Zaghlul, esta vez a las islas Seychelles y luego a Gibraltar; pero aun eso por poco tiempo. Como los desórdenes arreciasen, Lord Curzon cedió a ellos, y en enero de 1922 decidió otorgar a Egipto la ansiada independencia.

El sultán Fuad I fué reconocido como Rey (16 de marzo de 1922), formóse una Comisión para elaborar una Constitución democrática, y la independencia del nuevo reino fué solemnemente proclamada, con la única reserva por parte de Gran Bretaña, de que garantizaría con la presencia de propias tropas en el país su defensa y la de las comunicaciones imperiales.

Con la independencia no concluyeron las luchas y desórdenes, pues la fuerza adquirida era inmensa y mayor todavía las ambiciones tanto tiempo desatadas. Por el momento cesaron las fobias antibritánicas, y los disturbios intestinos sustituyeron a los xenófobos. La apariencia de fraterna unidad que el «Wafd» había creado se vino abajo y las deserciones y capillas partidistas surgieron a diestro y siniestro. Y es que la hora del reparto del botín había sonado, la menos propicia para fraternidades.

En el nuevo Parlamento, el héroe nacional Saad Zaghlul consiguió tal preeminencia que, en la legislatura de 1926-27, pudo repetir, traduciéndolo al inglés, el pensamiento soberbio de Luis XIV, *I am Egypt*, que tantas antipatías le enajenara. La primera fué la de la Corona. El nuevo Rey Fuad, hermano del antiguo sultán Hussein, no aceptó de buen grado el poderío del «hijo de tocador de laúd», especialmente cuando osó imponerle el 19 de mayo de 1923 la firma de una Constitución hartamente radical y que, por añadidura, le regateó los clásicos atributos de la realeza, el cetro y la corona.

Es inútil proseguir al detalle la enconada y monótona lucha política interna de la historia egipcia de la entreguerra. Baste mencionar, por su trascendencia internacional, que Saad Zaghlul fué llamado al Poder como Presidente del Consejo de Ministros el 15 de marzo de 1924, tras un rotundo éxito en las elecciones de enero. Su coincidencia con la presencia del primer Gobierno laborista en Londres hizo concebir a los egipcios las más atrevidas esperanzas, la evacuación total y la derogación de las cláusulas imperiales del Estatuto de independencia. No contaba el «Wafd» con el patriotismo de los británicos ni con la permanencia de los objetivos políticos del *Foreign Office*. La entrevista Zaghlul-Mac Donald del mes de septiembre siguiente fracasó, y producto de ello fué el recomienzo de los desórdenes callejeros no ya sólo en Egipto, sino en el Sudán, que por entonces comenzó a dar evidentes signos de contagio. Fruto máximo de ellos fué el asesinato a tiros en las calles de El Cairo del Gobernador general de Sudán Sir Lee Stack, que tuvo gran trascendencia política internacional por marcar la ruptura del *statu-quo* angloegipcio en el Africa tropical, retirándose las tropas de ocupación egipcias.

El doble fracaso de la conferencia con Mac Donald y de la táctica terrorista fué grave contratiempo para la carrera política de Zaghlul, que dimitió y fué sustituido por Ahmed

Ziwer Pachá, jefe del Partido Unionista o «Al-Ittihad», de franca inspiración monárquica. El «Wafd» soportó nuevas deserciones de magnates, por lo que su caudillo se lanzó más y más en brazos de la plebe universitaria y callejera, que hizo todavía nuevos intentos de restauración de su héroe bajo el grito «Saad o Revolución». Fuad se mostró firme, con el apoyo del nuevo Residente Lord Lloyd, sucesor de Allenby, aunque alguna ola de subversión llegó hasta las salas de su palacio de Abdine. Con los gobiernos de Ziwer, Sarwat y Adly Pachá, la moderación y buena amistad con Inglaterra volvieron a ser pauta de la política egipcia, y en el verano de 1927 pudo el Rey Fuad emprender su fastuoso viaje a Londres invitado por Austin Chamberlain. Durante el mismo, el 23 de agosto, murió en Egipto Saad Zaghlul, sucediéndole en la jefatura del «Wafd» el Presidente del Parlamento Mustafá Nahas Pachá, que todavía la ostenta.

A poco de extinguirse los apoteósicos transportes de los funerales del héroe nacional, el «fellah» que tuvo los honores y la tumba dignos de un faraón, las defecciones en su partido se hicieron todavía más frecuentes, de personalidades más que de masa, pues ésta se ha mantenido aún más fiel al ídolo muerto que al caudillo vivo. Su fuerza, por tanto, quedó latente y efectiva, hasta en la oposición y desgracia soberana: comprendiéndolo así los ingleses han exigido siempre su presencia para la firma de los acuerdos más trascendentales, y la favorecieron en marzo de 1928, cuando se iniciaron posibilidades de revisión del *statu-quo* que el auge de la potencia fascista en el norte de Africa hacían desear.

Por segunda vez en el Poder, el «Wafd» no se mostró más tolerante bajo Nahas Pachá que bajo la originaria jefatura de Zaghlul, lo que originó un nuevo choque del partido con el Palacio y la disolución del Parlamento por tres años el 19 de julio de 1928. Comienza con esta fecha la era de gobiernos palatinos

inaugurada por el de Mohamed Mahonud Pachá, en otro tiempo wafdistas y hasta compañero de Zaghul en el destierro de Malta, pero ganado a la sazón a las ideas liberal-constitucionales, cuyo partido de este nombre fundó, y a las de la colaboración británica, cuyas conveniencias conocía y apreciaba por haber sido educado en Oxford.

Los palaciegos, pese a su relativa anglofilia, no consiguieron largo apoyo de los políticos laboristas de Londres, fracasando en su ingenua captación los esfuerzos del elegante Pachá Presidente, que quiso hacer creer a los diputados laboristas de visita en El Cairo que allí contaba con el apoyo de las «masas laboristas egipcias», exhibiéndoles un nuevecito «club» obrero con miembros de comparsa.

Tras de otra fugaz aparición de Nahas en la Presidencia en 1929 y una nueva querrela con el Rey Fuad, cada vez más ganando a la camarilla palaciega, se impuso el Gobierno moderado y anglófilo de Sidky Pachá, el más largo de los conocidos por el Egipto moderno, puesto que duró cuatro años, hasta 1934. Gobierno técnico y realista, pero jamás popular, apenas si se ocupó de otras cuestiones que las de restauración material y financiera del país, abandonando las soflamas y bullangas callejeras. Lo mismo hicieron los Gobiernos más bien anodinos de Abdel Fattah Yehia y de Mohamed Tewfik Nessim, hasta que el 28 de abril de 1936 murió el Rey Fuad, obligando este hecho a un cambio de orientaciones en el panorama político interno y externo.

Sucedió al monarca difunto su hijo Faruk I, adolescente de dieciséis años que, con su juventud, simpatía y cultura occidental refinada (había sido educado en el colegio inglés de Woolwich), hacía presagiar las mejores esperanzas, por lo pronto la del despego de la camarilla palatina y el levantamiento del ya tradicional veto de la Corona al wafdisimo. Temerosa Inglaterra de un viraje demasiado radical, quiso adelantarse a las

concesiones que ya estimaba como inevitables y prometió el arreglo de las cuestiones pendientes y la revisión del Estatuto de independencia. Puso, empero, como condición de garantía futura que el «Wafd» interviniese en las negociaciones y con él los otros partidos nacionales. Así llegó otra vez Nahas al Poder para firmar el trascendental Tratado angloegipcio de Londres el 26 de agosto de 1936, que parecía colmar las más altas esperanzas. Acordóse en él, en efecto, la plena soberanía no sólo política, sino diplomática, militar y financiera de Egipto; el Residente británico pasó a ser un embajador como el de las demás potencias, y la protección tradicional se transformó en Tratado de alianza de igual a igual, en el que sólo se reservaba Inglaterra la participación co-dominial en el Sudán, conforme al acuerdo de 1899; la custodia del canal en prenda de neutralidad y el derecho a emplear el suelo y recursos del país en caso de guerra y en calidad de aliada suya.

En la fecha del Tratado (por antonomasia se da este nombre en Egipto al de 1936) y en los meses subsiguientes, con el conflicto ítaloabisinio y la aproximación de Roma a Berlín, la política británica y mundial, en general, estaba informada por el signo del temor a otra guerra, que se acreditaba cada vez más inminente. Era menester ganar a toda costa el apoyo del Medio Oriente y de Egipto en particular, llave del mismo, puesto que la caída de él en la órbita de influencias nazifascistas se hubiese acreditado catastrófica para las potencias occidentales. Para lograrlo no había otro camino que el de las concesiones y la paridad; a las ya grandes del Tratado siguieron en abril y mayo de 1937 los acuerdos de Montreux, en los que fué levantado a Egipto el último vestigio de la sumisión heredada del régimen otomano, las Capitulaciones y la Justicia mixta, llamada ésta a desaparecer en el transcurso de doce años. Conseguidas tan resonantes victorias, que ciertamente lo eran más de las circunstancias que de los méritos de un parti-

do cualquiera, el «Wafd» fué licenciado del Poder, reproduciéndose entre su nuevo jefe y el joven Rey Faruk los choques personales que fueron tan frecuentes entre Zaghlul y el difunto Fuad. Le substituyó en 1938 con el oxfordiano Mahmud, ministro palaciego de su padre, y en 1939 con Ali Maher Pachá, presidente del Consejo al estallar la II Guerra Mundial. Presentó el nuevo conflicto para Egipto riesgos inmensos; pero, junto a ellos, incontables ocasiones de triunfo. Y ello no ya en lo material, daños de bombardeos y ganancias inauditas con las especulaciones y presencia en su suelo de los ejércitos de medio mundo, sino en lo político; ofreció, desde luego, al nuevo Reino la posibilidad de poder demandar lo que quisiera, a condición, claro está, de que jugase la carta del vencedor. Por el momento no se arriesgó a tanto, limitándose el Gobierno egipcio a romper sus relaciones con Alemania el 3 de septiembre de 1939, con Italia el 12 de junio de 1940 y con Japón el 9 de diciembre de 1941. Política de equilibrio y titubeo que prefirió las ganancias menores de momento por miedo a perder el todo en el evento terrible de no acertar. Tal postura no fué siempre sencilla, pues las intrigas de una parte y otra se multiplicaron en el país, estimuladas de un lado por la presencia de los aliados en él y, por otro, por la proximidad de las divisiones italianas y alemanas en los desiertos vecinos del Oeste. No hubo ningún dirigente egipcio que en estas condiciones se atreviese a decidir con una postura decisiva la suerte de su país, pues el francamente germanófilo Príncipe Mansur Daud, el solo que lo hizo, carecía de verdadero influjo y se vió obligado a expatriarse a Alemania en febrero de 1942, no siendo rehabilitado hasta bastante después de concluir la guerra, fijando en Suiza su residencia. El partido más simpatizante con la causa aliada fué el liberal, y de las personalidades salientes, Maher Pachá. En cuanto al «Wafd», mostróse de una neutralidad y corrección perfectas, haciendo ho-

nor a los compromisos pactados en el Tratado y olvidando generosamente viejas querellas con Inglaterra. Es más: en el momento más difícil para los aliados, cuando los *panzer* de Rommel, el *Desert's Fox*, comenzaron a desbordar los desiertos occidentales apuntando su avance a Alejandría, y en ésta y otras ciudades hubo disturbios amagando una sublevación de la quinta columna (sangrientos sucesos de febrero de 1942), se ofreció el Poder a Nahas Pachá, manteniéndole en él hasta que todos los riesgos se habían alejado de Africa (1944) y la victoria de los aliados era ya un hecho casi cierto. Fué preciso dar entrada entonces al ala más francamente anglófila del liberalismo, y se ofreció la presidencia del Consejo a su hombre más idóneo, Ahmed Maher Pacha, el antiguo tráfuga del wafdismo. Y más aún, ante el cariz de las nuevas victorias ya aplastantes en la propia Europa de Inglaterra y sus aliados, Egipto se acordó que era uno de ellos, decidiendo la entrada en la guerra a la hora undécima, el 24 de febrero de 1945. Esta tardía resolución, a pesar de que sólo ventajas podía reportar a los pocos meses de firmarse los armisticios y repartirse el botín, costó, sin embargo, la vida al primer Ministro, Maher, que cayó víctima de las balas de un revólver ultranacionalista en el preciso momento en que asistía a la memorable apertura del Parlamento en que se decidió la participación de Egipto en la guerra victoriosa. Concluída ésta, el Reino formó parte por propio derecho y como miembro fundacional en la Organización de las Naciones Unidas.

Al lado de las naturales ventajas que reporta siempre el estar, aunque tardíamente, al lado de los vencedores, Egipto ganó con la paz, o quizá más exactamente con la guerra, una posición financiera de primer orden. Se calcula que el gasto de las fuerzas aliadas en el país ascendería a unos doscientos millones de libras, correspondiendo, como es natural, el mayor porcentaje al momento álgido de la contienda. Otros datos hay

todavía más elocuentes del beneficio económico logrado entonces por algunas de sus más representativas empresas. Las azucareras, que en 1939 cotizaban sus acciones a 11, ascendieron a 22 en 1942; la Algodonera Misr llegó a repartir dividendos de 28 por 100; la Marconi, de 25 por 100, y la Compañía de Hoteles Egipcios, de 25 por 100 igualmente. Respecto a los depósitos bancarios aumentaron de volumen de 44.800.000 libras en vísperas de la guerra, a 116.608.000 en sus postrimerías (1944). Del prudente aprovechamiento de éstas y otras ventajas resulta hoy Egipto la primera potencia política y financiera no sólo del Medio Oriente, sino de todo el continente africano.

ANTONIO QUINTANO RIPOLLÉS

NOTAS

